

El cartel como política para erizos*

Valeria Casali

Las formas que Lacan propone para la organización de los analistas no estructuran el lazo colectivo respecto del Ideal. Contra ese empuje ineliminable, e incluso libidinalmente necesario de la psicología de las masas; Lacan propone el cartel, sede del trabajo en la Escuela.

Me gusta como lo dice Mauricio Tarrab: “Situándose en ese delgado hilo que se tensa entre lo que entra en el lazo social y lo que no es colectivizable de cada quien, el cartel, como sede del trabajo de la Escuela [...] está en ese hilo tanto como el pase”[1].

Si estar en un cartel es estar en la Escuela, es porque éste constituye una apuesta a resguardar la enunciación y la causa de trabajo de cada quien, tanto como un cálculo colectivo que pueda hacer avanzar al psicoanálisis.

Saberse descompletado por lo real, estar en el esfuerzo de subjetivarlo, consentir a esa condición, es parte de la experiencia del análisis mismo, y es parte de la lógica colectiva de escuela. Una apuesta en la que toma relieve que, “En el borde del agujero en el saber, se advierte que no es sin los otros que tenemos una chance”[2].

Desde esta perspectiva, hay una ética en el cartel, como movimiento de escuela, que apuesta a los efectos de formación, y estos no son sin anoticiamientos de las mutaciones subjetivas en el practicante. Miller subraya que, si destacamos *efecto*, es porque éste no se sigue linealmente de su causa, respecto de la que hay un hiato, agregando que, por la multiplicidad de causas, lugares de formación y la complejidad de sus articulaciones, la causalidad no es unívoca. Propone así, dejar “abierta la cuestión de saber dónde, en qué lugares, se efectúa la formación”[3]. Es este señalamiento el que abrió para mí la exploración sobre la pregunta que me orienta: ¿Por qué sostenemos que el cartel es un dispositivo que hace lugar a los efectos de formación?

Tomaré, para avanzar, dos referencias en torno a la función más-uno.

Por un lado, el aspecto agujero y el aspecto más-uno de la función más-uno, tal como los aborda Eric Laurent en “El camino del psicoanalista”[4], y por otro, la idea de identidad vacía, en la que Miquel Bassols nos propone detenernos en su libro *Una política para erizos y otras herejías psicoanalíticas*[5].

Función más-uno

Eric Laurent propone pensar el lugar más-uno desde el *Seminario 5*, como un lugar éxtimo al sistema de la lengua que admite y autoriza sentidos nuevos. Está trabajando la función más-uno para el psicoanalista, pero tomaré lo que destaca allí para pensarlo en la vía del cartel. Subraya dos aspectos que subyacen a la función más-uno: “El aspecto agujero y el aspecto más-uno”[6]. Por un lado, hay un lugar “edición” que distribuye la significación y produce efectos de sentido, en ese sentido admite usos nuevos. Por otro, un lugar “escansión” que el sentido no agota e incluso es sin sentido, que indica un lugar de goce.

Fui a buscarlos al *Seminario 5*. Allí, en los capítulos sobre el *famillonario*, Lacan señala que la agudeza designa algo que está siempre al lado, “que se ve mirando en otra dirección, y permite ver lo que no está allí”[7]; y que “el escándalo de su enunciación es que hace aparecer un mensaje inédito que ni siquiera sabemos todavía qué es”[8]. Esto es a su criterio lo esencial de la agudeza, la función neológica, de hacer aparecer algo nuevo, incluso “inquietante, turbador”[9]. Despeja en ella otra función: “una especie de reverso que no se percibe enseguida: algo que pulula en torno a un objeto”[10].

Laurent lo retoma en términos de *uno-en-más*, ese oso de peluche, “depósito de libido que cada uno agrega al otro, allí donde aparece el agujero de *l’Acosa*”[11]. *Uno-en-más* señala

aquello “a lo que el sujeto se aferra como punto de amarre, cuando ya no está representado en el Otro, cuando el Otro ya no es el lugar donde se aliena: el objeto a”[12].

Pienso a partir de aquí una primera respuesta a la pregunta de cómo el cartel hace lugar a los efectos de formación, no sin mutaciones subjetivas en el practicante.

Por un lado, la función más uno aloja el *uno-en-más*, no colectivizable, de cada quién.

Concernido en su trabajo, en su transferencia de trabajo –que es “transferencia al trabajo”[13]–, a veces el practicante puede leerlo, reenviado a su propio análisis con las preguntas del cartel, o ubicando aquello que lo causa cuando corre al cartel con un hallazgo, felicidad del trabajo en el cartel. A veces, también, angustia.

Por otro, realiza escansiones que permiten hacer aparecer algo nuevo, respecto de lo que hay que estar en el esfuerzo de un uso, un *savoir-y-faire*. Este aspecto escansión toca un borde que no se agota en el sentido y se ejerce desde cierta extimidad, que se estructura respecto del agujero en el saber. Lo que me lleva a la siguiente y última referencia. Quisiera subrayar, antes de pasar allí, que si hablamos de función más-uno, aunque alguien debe encarnarla explícitamente en el cartel, alguien advertido de velar por ella, en mi experiencia como cartelizante he constatado que cualquiera de sus integrantes puede hacerla jugar. La indicación lacaniana de permutación tal vez también indique que la función más-uno puede circular en el cartel. Cada uno de los cartelizantes puede encarnarla en determinado momento del trabajo con otros, de la cercanía, de las transferencias. En todo caso lo consigno aquí, para próximas conversaciones.

Poner a cada erizo en su lugar de Sujeto

Miquel Bassols toma la lectura que Freud, al analizar la naturaleza del vínculo social en “Psicología de las masas...”, hace de la parábola de los puercoespines ateridos, de Schopenhauer, conocida como “El dilema del erizo”. En ella se sitúa que, para darse calor mutuamente sin pincharse unos a otros con las púas, se requiere cierta distancia media, eternamente frágil, imposible finalmente. Bassols destaca un detalle, la solución singular que Schopenhauer plantea al final de su parábola: “Quien tiene mucho calor interior propio, prefiere permanecer alejado de la sociedad”[14]. La lectura de Bassols es maravillosa: calor interior es púa interior, esa de la que el erizo-hablante no puede alejarse de ningún modo: púas del goce y del sentido. Lo que nos hace erizos para nosotros mismos. “El calor interior es el que también puede llegar a quemar al propio erizo”[15], nos dice.

Anoto una pregunta: ¿Qué hace el cartel con las púas de sus erizos? ¿y la Escuela?

Bassols avanza, tomando de “La proposición...” la articulación de Lacan para pensar el paso de analizante a analista desde el resto que hace a la división del sujeto, ventana a lo real que permite vislumbrar que “el asidero del deseo no es otro que el de un *deser*”[16]. En este *deser*, Bassols pone de relieve la no identidad posible del sujeto consigo mismo, la identidad del sujeto del inconsciente es una identidad vacía. Por eso hay que echar mano a las identificaciones, por eso Lacan puede señalar que “es seguro que los seres humanos se identifican con un grupo, y cuando no lo hacen están jodidos, para encerrar”[17], y nos aclara que no dice a qué punto del grupo tenemos que identificarnos para hacer escuela. Bassols ensaya una respuesta –es el punto que me interesa– “Este punto crucial de las identificaciones hay que saber buscarlo en el buen lugar: la función del más-uno [...] principio lógico de la experiencia del cartel, de la Escuela y, de hecho, de todo grupo social orientado por el discurso analítico”[18].

Toma la perspectiva de esta función de hacer aparecer lo real en que se funda el grupo, para lo cual, es necesaria una subversión en la operación de la identificación, que encuentra en la leve –pero radical– modificación que Miller realiza sobre la conocida fórmula kantiana que orienta la intervención en un grupo.

La máxima kantiana indica: 1. Hablar por uno mismo, 2. Ponerse en el lugar de cualquier otro, 3. Hablar de acuerdo consigo mismo. La subversión que introduce Miller opera sobre el punto central respecto de la identificación, la segunda frase: “poner a cada uno, cada uno de los otros, en su lugar de sujeto”[19].

La función más-uno así, toma a su cargo “causar el efecto de división de sujeto en la estructura del grupo”[20] lo que permite “hacer de la excepción que es siempre cada sujeto en el grupo, de la singularidad de su síntoma, algo que valga para cada uno”[21].

El cartel, entonces, como efecto mismo de la división-sujeto en la estructura del grupo, invita a cada uno a estar preocupado en leer las propias púas del goce y del sentido. Y a partir de allí, que cada uno pueda hacer función agujero para el otro, produciendo cierto vaciamiento de las consistencias múltiples que puedan estar en juego.

Cómo órgano de base de la Escuela, el cartel implica entonces una política de responsabilizar a cada uno –erizos habitados por las púas del goce y del sentido– por su diferencia absoluta, haciéndola jugar en una apuesta colectiva.

Esto supone, a fin de cuentas, hacer lugar a que todos estamos anudados locamente, y es desde allí que hacemos lazo. Como el psicoanálisis, es el cartel en este punto, una práctica anti segregativa.

Hacer avanzar el psicoanálisis –como nos invitaba Lacan, responsables del lugar del psicoanálisis en la cultura, pensando las puertas de la escuela como litoral y no como frontera– esta orientación puede incluir no sólo nuestra lectura del malestar en la época, sino nuestra incidencia en los debates actuales sobre los arreglos, las soluciones del *parlêtre*. Una política para erizos, no sólo advertidos, sino dóciles al “todo el mundo es loco”[22].

Notas

* Una versión reducida de este trabajo fue presentado en la actividad “Empezar a cartelizarse”.

[1] Tarrab, M. (1998) “En el cartel se puede obtener un camello”, *Revista virtual de Carteles, La 4+1*. Bs. As., EOL, en: <https://www.cuatromasunoel.com/sv/referencias.en-el-cartel-se-puede-obtener-un-camello>

[2] *Ibid.*

[3] Miller, J.-A. (2001) “Para introducir un efecto de formación”, *Cómo terminan los análisis*. Bs. As., Grama, 2022, p. 354.

[4] Laurent, E. (2003) “El camino del psicoanalista”, Miller, J.-A. (1998-99) *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*. Bs. As., Paidós. 2003, pp. 181-203.

[5] Bassols, M. (2018) *Una política para erizos y otras herejías psicoanalíticas*. Bs. As., Grama, pp. 19-39.

[6] Laurent, E., *op. cit.* n. 4, p. 181.

[7] Lacan, J. (1957-58) *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*. Bs. As., Paidós, 1999, p. 24.

[8] *Ibid.*, p. 30.

[9] *Ibid.*, p. 45.

[10] *Ibid.*, p. 47.

[11] Laurent, E., *op. cit.*, n. 4, p. 191.

[12] *Ibid.*

[13] Miller, J.-A. (1990) “Una observación acerca del atravesamiento de la transferencia”, *Cómo terminan los análisis*, Bs. As., Grama, 2022, p. 146.

[14] Bassols, M., *op. cit.*, n. 5, p. 14.

[15] *Ibid.*

[16] Lacan, J. (1969) “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, *Otros escritos*. Bs. As., Paidós, 2012, p. 272.

[17] Lacan, J. (1974-75) Seminario 22, “RSI”, clase del 15 de abril de 1975, inédito.

[18] Bassols, M., *op. cit.*, n. 5, p. 36.

[19] *Ibid.*, p. 38.

[20] *Ibid.*

[21] *Ibid.*

[22] Lacan, J. (1978) “¡Lacan para Vincennes!”, *Lacanianana*, n. 11. Bs As, EOL, 2011. En este texto escrito dirigido al Dpto. de Psicoanálisis de Vincennes, Lacan escribe: [Freud] “Él consideró que nada es más que sueño y que todo el mundo, (si se puede decir una expresión así), ‘todo el mundo es loco, es decir, es delirante’”. Por supuesto, remitimos a la elaboración sobre el tema que realiza Miller en: Miller, J.-A. (2007-08) *Todo el mundo es loco*. Bs. As., Paidós, 2015.

